

La pena del Tali6n

¿Por qué esta guerra que todos los tratadistas militares presumieron que sería tan cruel como corta, si en efecto es sangrienta como ninguna, no lleva trazas de terminar? La respuesta es sencilla: porque una de las naciones beligerantes (Inglaterra) apenas si ha sentido los efectos de la contienda. ¿Qué importa que haya tenido un número más o menos crecido de bajas, si como diría Alfredo de Vigny, los hombres que han muerto son en gran parte carne anónima que no tienen madre ni mujer que la llora? La médula de la nación aún está intacta. Los soldados del servicio militar obligatorio todavía no han llegado a las trincheras, y los ayes de dolor que en esto se incuban no repercuten en las esferas sociales elevadas donde viven los directores de la nación. Y es más; hay que convenir que si Inglaterra ha repartido a manos llenas el dinero entre sus aliados, con una lo ha entregado y con otra lo ha recogido; que la libre exportación de sus productos manufacturados, mas la del carbón, a precios elevadísimos, le ha permitido hasta ahora no llegar a ver el fondo de las arcas donde guardaba su oro. La sangre que vierte es (perdón por lo cruel de la frase) de tercera clase; oro no le falta; el cañón enemigo apenas si se ha oído en Inglaterra... ¿por qué ha de tener prisa en que la guerra acabe? Un día hubo (cuando se trató de la expedición a Egipto) en que aquella nación vió amenazado uno de sus órganos vitales, y si el canal de Suez hubiera caído en manos de sus enemigos, estrangulada esta arteria del mundo, quizá la lucha hubiera llegado al principio del fin, pero la guerra, que según la ingeniosa y exacta frase de Clausewitz es un camale6n que a cada paso cambia de color, por causas que no son de este lugar, cambió de rumbo, y la expedición a Egipto lleva trazas de no poderse realizar, al menos por ahora... Y en tanto que Inglaterra no sienta los horrores de la guerra en su propio país, no hay que esperar ver alborar la paz... Carlos XII de Suecia, el mariscal de Sajonia, Napole6n... soñaron con poner su planta en las islas a quienes el mar sirve de poderoso escudo. Los sueños no cristalizaron en hechos. Los alemanes también han pensado en herir en el corazón a Inglaterra... ¿Pero cómo?... Los raids de aviones y zeppelinos y aún los de la escuadra alemana, cuando se ha acercado a las costas de sus enemigos, han sido relámpagos que han cruzado un momento el tranquilo horizonte del pueblo inglés haciéndole divinar la guerra; pero era preciso al-

go más intenso, que pusiera en tensi6n constante los nervios británicos... ¿D6nde, señor, encontrar el medio para descubrir el tal6n del invulnerable Aquiles?... Un paréntesis. Cuenta Constant (el ayuda de cámara de Napole6n) en sus memorias, que en 1805 se presentó al Emperador en Boulogne un hombre que le propuso un medio sencillísimo para conseguir trasladar el ejército francés a las costas de Inglaterra y poder así vencer a la odiada rival. No había nada más que entretenerse en domesticar delfines, y a tono de estos cetáceos podían los franceses cruzar el canal de la Mancha. El Emperador despidió al pobre desequilibrado, mostró sus cerrados puños a Inglaterra y fué a descargar su furia contra Austria, que en aquella ocasi6n hacía inocente, el juego a la que hemos quedado en llamar la cándida Albión; pero sabido es que entre la locura y el genio no media el canto de una uña y... un poquito de paciencia, lector. Voy a jugar con tu curiosidad.

Inglaterra conden6 a muerte a Austria-Hungría y Alemania. Se las encerraría en estrecho aro; llegaría un momento en que el hambre debilitaría a esas naciones y en que de rodillas pedirían la paz. ¿Cosa más sencilla?... Los hechos, que no voy a repetir por estar olvidados de puro sabidos, han demostrado que entre la copa y los labios hay mucha distancia, y ese submarino que ha llegado a Baltimore, capaz de traer portar toneladas de mercancías y que ha pasado por debajo de las piernas de Jhon Bull, ha probado que el bloqueo está roto, y aunque los ingleses repitan su estribillo de *all right, all right*, (todo va bien, todo va bien), el eco de la realidad contesta: todo va mal, todo va mal...

Aguzo el oído y a un señor con marcado acento extranjero y que tiene motivos para saber lo que en Alemania ocurre, le oigo decir... Y como quien hace un ceato hace ciento... ¿C6mo? Sí; que el que ha hecho un submarino ciento puede hacer como el que a ido a Baltimore, y aun mejor armado, si le dan materiales que a Alemania le sobra y tiempo que los aliados necesariamente han dejado pasar creyendo que era su colaborador, cuando en realidad era su enemigo... Y he dicho ciento y me he quedado corto, que serán doscientos, pues todos los arsenales de Alemania están dedicados desde el principio de la guerra a la construcci6n de submarinos, y más hoy en que botamos, ¡fíjese usted!, treinta, así como suena; ¡treinta!... Me hago cruces, y si no fuera porque yo no puedo dudar de la veracidad del caballero a quien escucho, tentado estaría a poner en cuarentena la noticia... Hago una pregunta, y escucho esta respuesta...

Muy sencillo, señor... ¿No conoce usted la pena del Tali6n? ¡Ojo por ojo y diente por diente! Los ingleses nos quisieron matar de hambre; ¿qué mucho que nosotros intentemos aislarlos del resto del mundo para que llegue un momento que se vean obligados a pedir la paz?... Demostrado está que hay submarinos alemanes capaces de estar muchos días lejos de su base de operaciones sin aprovisionarse, y por lo tanto, ¿es absurdo pensar que si Alemania consigue reunir una poderosa flota de docientos submarinos logre bloquear a Inglaterra de tal modo que no haya barco que intente forzar el temible cintur6n?... Un poquito de calma, que no ha de tardar el mundo en ver que lo que parece un sueño es una realidad, y puesto que Inglaterra tiene que importar la inmensa mayoría de los artículos alimenticios, quizá el final de la guerra esté más próximo de lo que muchos imaginan... ¿Por hambre nos quisieron vencer? Pues por hambre venceremos... Se esfum6 en la sombra mi interlocutor, pero yo estoy seguro de que no he soñado, y véase por donde aquellos cetáceos con que un loco pens6 vencer a los ingleses, merced al genio, se han transformado en monstruos marinos de acero, con alma humana, que, o mucho me equivoco o han de conseguir dar en tierra con el que todos creyeron invencible gigante. Amén.

ARMANDO GUERRA

Guasa Rimada

«En este mundo traidor nada es verdad ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira», según dijo Campoamor.

Mi amigo Charles Delarue que un hijo perdió en el Marne, pensando con desconsuelo en la carne de su carne que hoy se pudre bajo el suelo, siempre que oye reseñar algún hecho singular de la contienda europea, con ira suele exclamar: ¡La guerra! ¡Maldita sea! Pero yo que por mi suerte tengo a mi suegra Constancia mujer de crasa ignorancia que afirma con genio fuerte ser el saber petulancia, y que antes confundía la búlgara capita! con su parienta Sofia, hoy con la guerra mundial conoce la Geografía.

Hoy no afirma como antes que un mamífero es Cracovia ya sabe donde está Nantes, Berlín, Belgrado, Varsovia y otros puntos importantes.

Así no debe extrañar que siempre que pueda hablar de esta espantosa peña, diga en mi suegra al pensar: ¡La guerra! ¡Bendita sea!

Por esto digo, lector, que en este mundo traidor nada es verdad, ni mentira, todo es según el color del cristal con que se mira, según dijo Campoamor.

ZADI-ORRIBE

Un discurso del Kaiser

El corresponsal del «Times» en Amsterdam ha enviado a su periódico un extracto del discurso pronunciado por Guillermo II en la primavera última a los capellanes del ejército alemán en el frente occidental; este discurso ha sido publicado ahora por un capellán dimisionario.

«La guerra mundial—dijo el Kaiser—separa la paja del buen grano, y nuestro deber es que el pueblo alemán acepte con recogimiento estos tiempos, como una prueba de resignación. Tenemos necesidad de un cristianismo práctico, que modele nuestra vida, según la personalidad del Señor.

Tomad ejemplo de las palabras y actos del Todopoderoso. Yo os digo que hay que inspirar nuestros actos en el respeto al Señor, vivir con él y para él. Si el Señor entrase por esa puerta, ¿osaría alguien mirarle frente a frente?

Para alcanzar ese cristianismo no es menester sólo ir una vez por semana a la iglesia; hay que ocuparse todos los días del Señor, y hacer de él la norma de nuestra vida práctica.

Haced visible la persona del Señor, que en estas horas está seguramente en medio de nosotros y hasta nos dirige.

Hacedle presente a todos, con lo cual nuestro pueblo verá de nuevo al Señor, y se compenetrará de que no podemos prescindir de él y que tenemos que contar con él.»

El Emperador refiri6se luego a los beneficios espirituales que esto reporta, y exclam6:

«Nada obtendremos con leyes, advertencias, ni 6rdenes. ¿Para qué recriminar ni criticar?

El cambio tiene que salir de dentro, y sabiendo guardar el equilibrio necesario en las horas malas, lo cual es generalmente más difícil de hacer que en los días felices.

Tengo la impresi6n de que los hombres que tenemos en las trincheras, una vez de regreso en sus casas, no serán ya los mismos.

Persuadidles, señores capellanes, de que deben conservar para siempre los sentimientos religiosos que ahora les animan.

Hay que reconocerlo: nuestro pueblo es grande. Sin recriminaci6n, se ha entregado a la magna tarea emprendida y se ha sacrificado en aras de los bienes que el Señor derrama sobre nuestro pueblo.»

El solo hecho que un periódico tan importante como es el Times, re-